

La imagen mediática del hambre en el contexto de crisis

¹Licenciada Victoria Arribas

Colaboradores :

Lic. Susana De Pina

Vanina Di Franco

Los antropólogos han insistido desde siempre sobre la asociación y constitución mutua de fenómenos biológicos y sociales que caracteriza a la alimentación humana. La ingestión y la sexualidad conforman manifestaciones íntimas de nuestra condición de criaturas vivientes, pero ambas, como ningún otro aspecto de nuestro comportamiento de especie, están impregnadas y reguladas por “ideas” y normas, y en este sentido constituyen fenómenos de la Sociedad.

El hombre, al consumir alimentos, no sólo incorpora nutrientes esenciales para la vida –si no comemos, morimos –, sino también un cuerpo de sentidos y representaciones sociales en función de los cuales define su identidad individual y colectiva. “Llegamos a ser lo que comemos”. Esto explica en gran medida el hecho por el cual la satisfacción del hambre es objeto, en todas las sociedades humanas, de profunda preocupación y reflexión.

Por esta razón, los antropólogos consideran que la alimentación conforma una arena fértil para explorar, no sólo la íntima y recíproca relación entre la dimensión biológica y sociocultural de nuestra existencia, sino también la producción de ideas que las sociedades humanas generan en torno a dicha relación, pensándose a sí mismas y definiendo desafíos vitales.

El objetivo de este artículo se inscribe en esta tradicional inquietud antropológica. Bajo esta mirada, pondremos bajo la lupa la producción periodística de *la realidad del hambre* en nuestro país, la cual acompañó las noticias sobre la crisis desencadenada en diciembre del 2001. Nos proponemos desentrañar los sentidos y representaciones que configuraron aquella *realidad* en toda su dimensión, y fijaron los peligros y desafíos que enfrentaba nuestra sociedad en la producción de su supervivencia e identidad.

Dos aclaraciones preliminares al desarrollo del tema que nos ocupa: en primer lugar, no vamos a hablar aquí del *hambre* en tanto acontecimiento, sino que vamos a referirnos a él en tanto noticia; es decir, en tanto efecto significativo. En segundo lugar, no nos vamos a ocupar de las condiciones del proceso de producción, selección y combinación de elementos que intervienen

¹ Lic. Victoria Arribas: Profesora Adjunta de la Carrera de Cs. de la Comunicación, Facultad de Cs. Sociales y JTP de la Carrera de Cs. Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Lic. Susana De Pina: Docente de la Carrera de Cs. de la Comunicación, Facultad de Cs. Sociales, UBA
Vanina Di Franco: alumna de la carrera de Cs. Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

en la construcción periodística del *hambre* como información. Tampoco nos vamos a referir a las condiciones de su recepción. Como dijimos, nuestra lupa se instala sobre el producto significativo generado. Hechas las aclaraciones, vamos ahora sí al tema de este artículo.

Durante la segunda mitad del mes de diciembre del 2001, nuestro país experimentó el *estallido* de una *crisis* político – institucional y económica considerada entonces como una de las más graves de la historia argentina, al menos en tiempos democráticos. El *estallido* tuvo expresiones diversas: *saqueos*, *cacerolazos*, *piquete* y *movilizaciones* a Plaza de Mayo.

En medio de una profunda recesión económica, de una extrema conmoción social y política, finalizaba de modo sangriento y anticipado el gobierno de Fernando De la Rúa. La televisión registró en vivo el momento en que el entonces Presidente de la Nación abandonaba la Casa de Gobierno en un helicóptero; mientras un centenar de personas, al pie de la explanada, celebraba su partida con aplausos y gritos.

Los medios de comunicación y de prensa porteños exhibieron diariamente la secuencia de violencia y furia desatada en aquella jornada, y mostraron los distintos escenarios en los que se producían los “enfrentamientos”.

La rabia contra Fernando De la Rúa y su gobierno mordió con fuerza en el corazón de la ciudad, que lucía como un inédito teatro de guerra que no se vio aquí ni en la violenta década del 70. (Diario La Nación, viernes 21/12/01)

Pero el miércoles a la noche, tras el discurso de De la Rúa, (...) y al día siguiente, se produjeron los hechos más violentos registrados en la Argentina desde los años de plomo de la dictadura que dejaron un saldo de 29 muertos. (Diario Clarín, domingo 23/12/01)

Las múltiples caras del descontento y del reclamo popular se convirtieron en noticias y propiciaron el tratamiento periodístico de distintos temas que la *crisis* dejaba al descubierto; entre ellos sin duda figuraban la asfixiante *depresión económica*, el *default*, la *pobreza* y la *necesidad de la construcción de una nueva relación entre la sociedad y sus representantes* (Clarín, 22/12/01: 12).

En este contexto de sucesos y de información, tal como había ocurrido en 1989 y 1996, la producción periodística del problema alimentario en la Argentina, y en particular de *la realidad del hambre*, cobró centralidad en la transmisión de la crisis a través de los medios masivos gráficos y audiovisuales.

Vale quizás recordar la afirmación del antropólogo S. Mintz, quien refiriéndose a la vinculación entre alimentación y poder en el mundo contemporáneo, sostiene que: “Porque el alimento, por así decir, constituye el último límite en el mantenimiento de la vida, ... , todo reporte informativo sobre cualquier área de conflicto ciertamente toca la cuestión alimentaria y la disponibilidad de comida” (Mintz, S; 1996: 10-11). Las informaciones sobre

aquella *crisis* de diciembre del 2001, en nuestro país, no fueron una excepción.

Los rostros y los escenarios del denominado *estallido social* fueron múltiples y diversos, como así también sus objetivos según la opinión de periodistas y políticos. Una de aquellas expresiones fueron los *saqueos* a comercios minoristas, super e hipermercados en distintas ciudades del país. De la mano de aquellos saqueos el problema del *hambre* comenzó su proceso de conversión en noticia periodística.

Al revisar cronológicamente las informaciones sobre el tema, pudimos distinguir tres momentos en dicho proceso de transformación. Cada momento exhibe un rostro del *hambre*, una configuración de significaciones particulares en función de las cuales se carga de sentido el problema:

- Una etapa inicial en la cual los *saqueos* producidos en diciembre del 2001, en el marco del llamado *estallido social*, son los protagonistas de la información y de los debates mediáticos. Los comportamientos de los hambrientos, en el contexto del conflicto político-institucional, acaparan la atención periodística.
- Una segunda etapa en la cual el deterioro de la situación socio-económica y el incremento de la *pobreza* y la *indigencia* constituyen el centro de las noticias. Si bien, este tipo de información acompañó desde un principio el tratamiento de los *saqueos* de diciembre del 2001, lo cierto es que ésta va cobrando centralidad progresiva durante los meses siguientes del 2002. Torrentes de cifras, porcentajes, índices, referidos todos ellos a distintas dimensiones de la *pobreza* inundan las noticias. El *hambre*, como expresión de una necesidad básica insatisfecha, muestra su magnitud y su crecimiento bajo las categorías de *pobreza* e *indigencia*.
- Una tercera etapa en la cual los cuerpos de niños desnutridos y sus historias particulares de hambre devienen en *casos* testimoniales de la evidencia y gravedad de la *crisis*. Si bien en abril, aparecen en los medios los primeros antecedentes de este tipo de información, y en los meses siguientes la pobreza infantil gana protagonismo, es durante el mes de noviembre del 2002 cuando las fotos y los *casos* de niños hambrientos y enfermos, en incluso los *casos* de muerte infantil como consecuencia del *hambre*, hacen explosión en la pantalla de la TV y en la tapa de diarios y revistas. Recién en este momento, la palabra ***hambre*** encabeza el título de noticias, de informes y programas especiales.

A nuestro entender, esta suerte de secuencia en la información, en la cual se exhiben distintos rostros del problema, en su conjunto y desde el punto de vista de una estrategia argumentativa, revela una dirección que termina conformando **un ordenamiento estratigráfico** de las caras del *hambre*. De esta manera, cada momento y cada rostro con sus imágenes, textos y efectos significativos representa una capa del *flagelo*, que al descubrirse deja ver la que está debajo, y allí se carga de sentidos renovados. Como fondo de los

saqueos y los comportamientos de los hambrientos, se despliegan las *necesidades insatisfechas* y las carencias de un número creciente de hombres, mujeres y niños, y cuyo sustratum no es otro que la última frontera entre la vida y la muerte.

Vamos a caracterizar y descubrir cada una de estas capas, y veremos cómo dicha estrategia argumentativa, y los sentidos y representaciones desplegados, no solo dotaron al *espectáculo* del *hambre* de urgencia creciente e incuestionable, sino que también suministraron a la *crisis* el indicador más crudo de su extremidad.

La estratigrafía del hambre

Hemos planteado una secuencia temporal y estratigráfica que presenta tres capas. De arriba hacia abajo y por orden de aparición y protagonismo en la información, las denominaremos de la siguiente manera: las conductas de los hambrientos y los *saqueos*, las necesidades de los hambrientos y la *pobreza*, y por último, el organismo de los hambrientos y los *casos* de hambruna infantil.

Los saqueos y los comportamientos del hambre:

La comparación con los *saqueos* del '89 no se hizo esperar y se desarrolló en varios sentidos. Como en aquella oportunidad, la imagen de *pobres hambrientos* transgrediendo “el orden jurídico – social” se combinó, en el tratamiento periodístico de los sucesos, con la sospecha de una manipulación política destinada a apresurar la caída del gobierno de turno. Se personalizaron instigadores posibles y se enunciaron las ocultas intenciones del *activismo político*.

D`Elia, Alderete y otros dirigentes acusan a punteros ruckaufistas de alentar los saqueos...(Clarín,23/12/01:15).

Los *saqueos* del 2001 fueron también descriptos en términos que resaltaban su excepcionalidad respecto de aquellos del '89. Dicha excepcionalidad se edificó sobre distintos atributos: la extrema graduación de la violencia que enmarcó los hechos, correlativa a la atmósfera general del momento; la cantidad multitudinaria de personas que participaban en los distintos *saqueos*; y, por último, la convicción de que el *hambre* mostraba su fuerza y urgencia, a punto tal que ninguna especulación en otro sentido, podía desconocer su presencia.

Las noticias sobre los *saqueos* se revistieron de imágenes y de caracterizaciones que enfatizaban el clima de violencia y de desborde en el que éstos se producían.

Escenas de tensión, violencia y descontrol se sucedieron ayer por la ciudad. Miles de ciudadanos en rebeldía, comerciantes temerosos y policías, protagonizaron la jornada más triste que recuerda el país en los últimos tiempos. (La Nación, 20/12/01)

Ante la pregunta de un periodista sobre la posibilidad de comparar los saqueos con aquellos del '89, Alfredo Coto, dueño de la mayor cadena de supermercados de capitales nacionales de la Argentina, respondía: *“Está todo peor. Lo que sucedió en las últimas 48 hs. no lo viví nunca. Fue un ataque de virulencia en la que participó toda la sociedad”*. (La Nación, 21/12/010)

Las informaciones enfatizaban la *virulencia* popular, la *represión* o inactividad policial según el caso (que por acción u omisión favorecía el descontrol y la violencia), y mostraban a comerciantes que, ante el *desborde*, optaron por armarse y resistir. Todo confluía para que una suerte de vocabulario bélico impregnara el relato y la exhibición periodística de los sucesos. *Batalla campal, lucha descarnada, combate, botín, ejército, el blanco del ataque*, número de muertos y heridos, son algunos de los términos utilizados para caracterizar aquellos acontecimientos.

A la tarde, a 100 metros de la ruta Panamericana: un ejército de pobres avanzó a pie y arrasó con lo que había. (Clarín,20/12/01)

Los negocios de venta de alimentos no fueron el único blanco....Igualmente, en el interior del supermercado, se desató una batalla campal...(La Nación,20/12/01)

A las 13 hs. dieron el grito de avanzada. Y en menos de una hora el barrio de Trujuy fue tierra arrasada...Algunos comerciantes, con un gesto desafiante, comenzaron a cargar con municiones escopetas y armas cortas....Había que resistir o repeler el ataque. (La Nación,20/12/01)

Bajo el título de “En números”, en un artículo del diario Clarín con fecha 29/12/01, se despliega un gráfico en el que se señala las armas utilizadas y el número total de muertos (29) y heridos en todo el país (45000) como saldo de los disturbios en general, incluidos los *saqueos*; se detallan, también, las cifras correspondientes a distintas ciudades, resaltando los números relativos a Capital Federal y Gran Buenos Aires.

La impresión de la excepcionalidad de la violencia desatada se combinó con el registro de la sorprendente magnitud de los grupos de *saqueadores* que *atacaban* los distintos comercios, sobre todo en el Gran Buenos Aires.

En la zona norte, más de 3000 personas saquearon desde Hurlingham hasta la Horqueta.....Dos muertos, centenares de heridos y detenidos, cerca de 70 grandes supermercados y más de 300 pequeños comercios saqueados, destrozados, rotos, vacíos fue el saldo del primer día de furia protagonizado por miles de personas que, sin poder resistir la más profunda crisis económica, salieron a la calle ...(La Nación,20/12/01)

Las descripciones de los hechos, relatos, informes especiales e imágenes, no dejaban de resaltar, cualquiera fuera el escenario y la circunstancia, que se trataba de una verdadera *multitud voraz*. La expresión de *hormiguero* se utilizó con frecuencia para caracterizar aquella muchedumbre que acarreama alimentos.

De lejos, la escena parecía un hormiguero. Más de 300 personas corrían desde la distribuidora hasta los monoblocks situados frente a la rotonda.

Ingresaban en el local, salían con la mercadería y se detenían en la rotonda, donde formaron un improvisado centro de distribución. Y volvían por más. (La Nación,20/12/01).

El periodista y escritor Miguel Bonasso, en su libro “El Palacio y la Calle”, se refiere a los saqueos de 19 de diciembre en el Gran Buenos Aires, en los siguientes términos: “Vistos de lejos son termitas, una marabunta de cientos de jóvenes, mujeres y niños que trepan al terraplén de la carretera, se suben a los gigantescos camiones con acoplado y arrojan cajas y bolsas de comida a los que esperan abajo hasta vaciar por completo los trailers” (2002:156-157).

Las cifras presentadas para el conurbano bonaerense oscilaban entre 300 y 1500 personas protagonizando saqueos a distintos comercios.

El *saqueo* a un local en Ciudadela, de cual era empleado Wang Zhao – He, se constituyó en la imagen paradigmática del *desborde* social. Las cámaras de televisión y las cámaras fotográficas de los medios de prensa registraron el rostro desconsolado de este ciudadano chino, quien en estado de shock, llorando y articulando apenas frases entendibles, relataba a los periodistas lo sucedido. Este rostro recorrió el mundo transformado en imagen de TV.

Su rostro triste, cabizbajo, simboliza con claridad el miedo y la frustración que invadieron al hombre, de 40 años, al tiempo que una multitud, más de 300 personas, saqueaba el supermercado donde trabaja – trabajaba.....Sentado en el umbral del local ahora vacío, con los vidrios rotos y el interior a oscuras, recuerda la agresión y llora... (La Nación, 20/12/01)

La presentación periodística de la extrema graduación del *desborde*, de la furia y del tamaño de la multitud que avanzaba y *saqueaba*, incluyó las explicaciones respecto de las causas de los hechos y de los objetivos perseguidos. Ni la sospecha reiterada de la *manipulación política*, ni el reconocimiento de la presencia de *delincuentes* que aprovechaban la ocasión para *robar* y de sujetos violentos que cometían toda suerte de actos de *vandalismo*, impidió que los *saqueos* de diciembre del 2001 fueran registrados como una expresión *brutal* del grado al que había llegado el *hambre* en nuestro país.

Abajo, en el infierno de la pobreza, protestaron porque les crujía el estómago con el dolor del hambre. Hirieron al poder político con la furia de los saqueos...(Clarín, 21/12/01)

El constante entrar y salir dejó un reguero de comida en la vereda. La escena mostraba lo peor de la miseria humana. Mientras cuatro perros se hacían una fiesta con los desperdicios, una mujer intentaba ahuyentarlos para disputarles el botín ... (La Nación,20/12/010)

En Derqui, Pilar, cientos de personas se convirtieron en topadoras humanas que aplastaban y pisoteaban lo que a las corridas no se podían llevar. Entre esas especies de topadoras había mujeres con niñitos visiblemente desnutridos. (La Nación,20/12/01)

Las descripciones y relatos de los *saqueos*, si bien daban cuenta de la concurrencia de los *oportunistas sin hambre* (La Nación,20/12/01), de

encapuchados que aprovechando la confusión se dedicaron a *robar*, destrozar e incendiar comercios y locales (Clarín,22/12/01), dejaban a las claras que el *hambre* mostraba, en aquellos comportamientos, una faceta visceral. *Hormigas, termitas voraces* en búsqueda de alimento, capaces de disputarle a perros, igualmente hambrientos, los restos de comida. Sin embargo la humanidad de los protagonistas del espectáculo reaparecía en la vergüenza y el dolor expresados por algunos de los *saqueadores* entrevistados, o bien en la mirada y en las palabras desafiantes de otros, o bien en la actitud de aquellos que esperaban que les arrojaran alimentos desde camiones . “... *se humanizaban en el acercamiento: brazos alzados, manos demandantes, bocas prematuramente desdentadas, bolsas y cabellos salpicados de harina por las bolsas que se rompen*” (M. Bonasso,2002: 157).

El entonces Jefe de Gabinete del gobierno reconocía ante la prensa que: “...*Hay un tema urgente y angustiante que es el hambre que están pasando nuestros conciudadanos....nadie puede evadirse de la realidad...*”(La Prensa,20/12/01)

Las noticias del momento daban cuenta de que las entregas de comida y su reparto, tanto por parte de supermercados (miles de personas esperaban fuera del local) como por parte de funcionarios en asentamientos precarios de la ciudad de Bs. A. y el Gran Buenos Aires, se conformaron en elementos de canje a fin de evitar la *efervescencia* social y responder a la creciente y desesperada demanda de comida.

El miedo al *desborde* y al *caos*, en el cual se confundían el comportamiento de *hambrientos*, de *oportunistas* y *activistas* en esa suerte de *marabunta voraz*, tuvo su lugar medios.

En la provincia de Buenos Aires lo llaman el delirio de saqueo: cientos de vecinos que llevan, traen y creen en rumores sobre hordas de saqueadores que supuestamente se avecinan sobre sus barrios dispuestos a robar casa por casa. Llaman a las comisarías, se agrupan para hacer piquetes defensivos, consiguen arman,.... Todo para descubrir, cuando se hace de día, que los saqueadores no aparecen. (Clarín 32/12/01)

El espectáculo de *ebullición* social, violencia y conflicto político, propició la comparación, en los relatos periodísticos, con otros escenarios del mundo en donde aquella combinación explosiva fue noticia. ¿Nos estábamos pareciendo?. *No era la Beirut de la guerra civil, no era la Caracas del caracazo, ni Yakarta en plena rebelión contra Suharto; era todavía Buenos Aires.* (La Nación,21/12/01:13). *Las palabras de De La Rúa, lejos estuvieron de serenar los peores presagios....Al punto de mirarse entre sí y preguntarse si estaba refiriéndose a la situación de su país...o de Afganistán.... Por más que, en realidad, quede a la vuelta de la esquina. O cruzando el charco.* (La Nación, 21/12/01:15)

Pero más allá de una suerte de metáfora, fundada fuertemente en la imagen de un territorio en *guerra*, se comunicó que los *saqueos*, el *hambre*, la *violencia* y la *muerte* representaban, sin más, *el final de la Argentina europea*

y pretendidamente igualitaria: una bienvenida tardía a América Latina.
(Clarín,24/12/01:30)

Ingreso tardío o regreso después de una ilusión, que más da. Allí estábamos, en pleno tránsito, cambiando de forma y de expectativas

Las necesidades de los hambrientos y las cifras de la pobreza

La exhibición periodística de la presencia y urgencia del *hambre* se completó, en aquellos días de diciembre del 2001, con la información continua de las cifras espectaculares que evidenciaban el incremento de la *pobreza* (la emergencia de los entonces denominados *nuevos pobres*) y fundamentalmente de la *indigencia*. Las cifras nos mostraban casi a diario la envergadura del problema, su crecimiento inédito, tanto en magnitud como en velocidad, desde octubre de ese mismo año.

Desde entonces, artículos, editoriales, informes especiales sobre la cuestión (referidos particularmente a la situación de la población urbana en general, y con un mayor detalle respecto de la situación en la Capital y el Gran Buenos Aires), fueron gradualmente haciéndose más frecuentes tanto en la prensa escrita como en la televisión. Todos ellos, impregnados de **números**, mostraban la secuencia ascendente de las cifras de la *pobreza*, de la *indigencia*, de la desocupación, del deterioro del empleo y del salario, del índice inflacionario de los precios de los alimentos; se estaba al pie de una escalera que parecía conducir al mismo infierno.

Investigaciones realizadas por consultoras privadas y datos oficiales aportados por el INDEC constituyeron las fuentes principales de los índices, porcentajes y mediciones que fueron entonces informados.

El jueves 20 de diciembre del 2001, el mismo día en que los *saqueos* multitudinarios ocupaban la atención de todos los medios y eran tapa de todos los diarios, la primera cifra aterradora de 3.000.000 de *nuevos pobres*, en lo que iba del año, hizo su aparición y refrendó la magnitud de la *pobreza* y del *hambre*; y su realidad gana objetividad ante cualquier tipo de especulación posible. En todo caso, el *activismo político* y el *robo* vulgar se montaban sobre la necesidad urgente, pero ella existía y revelaba una fuerza poderosa.

En un año aumentó en 3 millones de personas la cantidad de pobres. Ya suman 14,2 millones, distribuidos en los centros urbanos de todo el país. El incremento de la pobreza fue consecuencia de la suba de la desocupación y de la caída de los ingresos. El ejército de pobres creció a razón 8,260 personas por día. (Clarín,20/12/01)

La noticia, bajo este titular, presenta una gran cantidad de cifras y de porcentajes basados en la información oficial del INDEC sobre datos relativos a octubre del 2001. Estos muestran el importante incremento que experimentó la *pobreza* y la *indigencia* durante aquel año, comparativamente con los datos correspondientes al mes de octubre del 2000. Se señala que en esa fecha la cantidad de *pobres* ascendía a 11.200.000 y representaba alrededor del 35%

de la población urbana total; mientras que un año después, los datos correspondientes eran de 14.280.539 y 44 % respectivamente. El detalle de los números, con el que continúa el artículo, pone de relieve el ascenso de la *pobreza* entre octubre del 2000 y el mismo mes del 2001, en la Capital Federal y el Gran Buenos. Este representa una suba anual que va de 3.466.000 (28% de la población) a 4.385.000 personas (34,5% de la población). La diferencia cuantitativa se torna más sorprendente cuando se indica que la misma se corresponde con un aumento de 2.500 personas por día. El registro cuantitativo avanza en especificaciones respecto al primer y segundo cordón del conurbano bonaerense.

La noticia se detiene más adelante, aunque de un modo más general, en los indicadores que presentan las Provincias del Norte del país, indicando que en ellas la *pobreza* involucra a más del 60 % de los habitantes.

Los números que sobresalen son los que corresponden a la *indigencia* y su crecimiento; y con ellos la evidencia del *hambre* se hace sentir. Se consigna que de los 3.015.000 de “*nuevos pobres*”, 2. 245.613 son *indigentes*. Según la categorización hecha por el INDEC, mientras la condición de *pobre* refiere a un nivel de ingreso por debajo de los estándares relativos a alimentación (*canasta básica de alimentos*) y otros servicios (vivienda, salud y transporte), la *indigencia* solo remite a la insatisfacción de los requerimientos mínimos nutricionales. El grado creciente del *hambre* mostró sus números y éstos expresaron, con objetividad, su fuerza.

Las cifras y los gráficos relativos al incremento de personas *pobres* se completan con otros que marcan la evolución de la *desocupación*, de la destrucción del empleo y de la caída de los ingresos durante el período octubre 1990 – 2001. La evolución registrada evidencia y hace visible la afirmación que se subraya, a lo largo de la noticia, respecto del récord de los números alcanzados y de su ritmo de crecimiento en el último año de la comparación.

*El aumento de la pobreza es un fenómeno creciente desde la recesión de 1994, que se potenció con la crisis del Tequila. Luego descendió poco, a pesar de la recuperación económica de 1997 y parte de 1998. Pero desde mediados de ese año, con el regreso de la recesión, **pegó un fuerte salto hasta alcanzar el récord en octubre de ese año [2001].*** (Clarín,20/12/01)

El final del artículo refuerza la imagen de que el descenso persistió, con igual magnitud y ritmo acelerado en los meses siguientes; y que en diciembre del 2001, las cifras de octubre ya habían sido superadas por la nueva realidad, según estimaciones de especialistas.

A principios del mes de mayo del 2002, las noticias confirman con nuevas estadísticas las presunciones de los especialistas en diciembre del año anterior. Un nuevo salto es registrado. Efectivamente, la información vertida revela que en el mes de abril de ese año, los precios de los alimentos, entre los que se destacan 50 productos que integran la *canasta básica* del INDEC, sufrieron un aumento brusco cercano al 22 %.. Se sostiene en todos los casos

que la incidencia inflacionaria (42 % de inflación acumulada desde la devaluación en diciembre del 2001, según datos de la Secretaría de Desarrollo Económico del Gobierno de la Ciudad) fue mayor en aquellos sectores que representan los niveles de ingresos más bajos, ya que éstos destinan la mayor proporción del gasto a alimentos y bebidas (46,6 %, mientras el promedio de la población es 31,3 %).

Basándose en un nuevo informe del INDEC, las noticias sobre el proceso de *empobrecimiento* en el país presentan nuevos y alarmantes números acompañados por gráficos.

En apenas cinco meses hay 1.500.000 “nuevos pobres. El cálculo surge de analizar el impacto del incremento de los precios. Y podría ser mayor, ya que no considera el aumento de la desocupación y la caída de los ingresos de los asalariados. (Clarín,02/05/02)

Estos cinco meses corresponden a enero – marzo del 2002, y se calculaba una aumento mensual de 310.000 de *nuevos pobres*, equivalente a una tasa de 10,3 por día. En este sentido se señala que la última cifra oficial, teniendo en cuenta el crecimiento registrado, indica la cantidad de 15.345.000 personas *pobres* (42,6 % de población total) en la Argentina. Se destaca, en esa oportunidad, la noticia sobre el número de *indigentes*, el cual alcanzaba la cifra de 5.655.300 personas (15,7 de la población total). Como había ocurrido en anteriores noticias, las estadísticas centrales eran aquellas que daban cuenta de la evolución del fenómeno en la Capital Federal, en los dos cordones del Gran Buenos Aires y en las Provincias del N.E. argentino: Formosa, Corrientes, Misiones y Chaco.

Luego de avanzar en detalles numéricos respecto de la inflación durante el mes de abril del 2002 y de sus efectos en el incremento del deterioro de las condiciones de vida de *pobres e indigentes*, un artículo en el diario Clarín, con fecha del 2 de mayo, informa que se calcula una suba importante en la cantidad de *pobres* (más de 1.000.000); llegando a cifra de más de 16.000.000.

Nuevamente, como ocurrió con la información difundida en diciembre del 2001, en mayo del 2002 la historia evolutiva de la *pobreza* en nuestro país desde fines de los 80 y la década de los 90 se despliega en porcentajes y números; y muestra un rostro estadístico que conmueve. La historia señala siempre tres momentos de inflexión ascendente que se corresponden con los años 1989, 1996, 1998, como antecedentes de subas importantes y abruptas previas a la *crisis* de diciembre del 2001.

En junio del 2002, la difusión periodística continúa suministrándonos los números crecientes del problema y anunciando proyecciones de los especialistas, no menos alarmantes. En junio, según los datos del Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales, dependiente de la Presidencia de la Nación, la cantidad de *pobres* en Argentina ascendía a 18,2 millones (51,4 % del la población total), de los cuales 8,3 millones eran

chicos menores de 18 años; mientras el número de *indigentes* llegaba a 7,8 millones.

La exposición y difusión de los números confirmó “*nuestra presente realidad latinoamericana*”, muy lejos de aquella, la del mundo desarrollado, que alguna vez pensamos cercana. *Así, la Argentina tiene ahora índices de indigencia superiores a los de muchos países latinoamericanos, cuando décadas atrás no tenía problemas alimentarios básicos y se registraban indicadores de movilidad social que se asemejaba a los de los países de Europa Central.* (Clarín,09/06/02:9).

Se informó que la *crisis*, con sus cifras dramáticas, mostraba a las claras a qué lugar del mundo pertenecíamos, o bien habíamos llegado a pertenecer; quienes fuimos o quisimos ser y quienes éramos en el presente.

En aquel momento, la *pobreza* infantil y sus cifras ya se detallaban de manera significativa y se difundía su específica evolución desde los 90, alcanzando en diciembre del 2001 la cantidad de 7 millones y en junio del 2002 la cantidad de 8,3 millones, entre niños y adolescente menores de 18 años. La proporción mayor se ubicaba en la franja de chicos entre 6 y 12 años. Se registraban entonces 4.138.000 niños en condiciones de *indigencia*, esto es sin el suministro básico de alimentos (los datos mencionados fueron extraídos de artículos del diario Clarín del 9/06/02).

Con el énfasis puesto en las estadísticas de la *pobreza* infantil y juvenil, cobra fuerza la preocupación por el futuro y despierta alarma.

La pobreza golpea con mayor fuerza a los niños y adolescentes, lo que es un factor reproductor de la propia pobreza, por los condicionamientos culturales, educacionales y laborales que implica criarse en un ambiente de carencias alimentarias básicas. (Clarín,9/06/02:9)

Las noticias sobre la carencia y *hambuna* infantil incorporan, al lenguaje de los porcentajes, un nuevo recurso expresivo. Las imágenes de “*niños hambrientos*” ponen humanidad a las matemáticas.

Entre abril y mayo, en medio de un mar de números, conocimos a través de los medios porteños las primeras caras infantiles del drama; caras con identidad e historia. Se trataba de Barbarita y Ruth Flores, dos hermanas tucumanas de 8 y 12 años respectivamente. Las niñas narraban cómo en su escuela, cuyo comedor había dejado de funcionar por falta de recursos, el hambre hacía desmayar a los chicos en clase. El llanto y el relato de Barbarita, registrado en noticieros, programas periodísticos y diarios, puso entonces nombre, rostro y dolor de niño a las estadísticas.

Por aquellos días fuimos informados, también, sobre dos hermanitos correntinos que comían tierra por falta de comida. Su historia fue relativizada por autoridades provinciales, quienes argumentaron que los padres padecían de retardo mental; y con el pasar de los días los hermanitos y su forzada “transgresión alimentaria” dejaron de ser noticia. No ocurrió lo mismo con Barbarita y Ruth, quienes meses más tarde volverán a la pantalla de TV y a

las páginas de los diarios, convertidas en el *caso* antecedente de la “*explosión*” de *casos* de muerte y desnutrición infantil en Tucumán.

Durante este período hasta principios del mes de noviembre del 2002, imágenes y palabras sobre la *pobreza* infantil, confieren “vida” al *flagelo*.

El canal América, a través de uno de sus principales periodistas, anunciaba una campaña solidaria con el nombre de “*El hambre más urgente*”, convocando a los ciudadanos a sumarse con su firma a un reclamo, ante la Cámara de Diputados, con el objetivo de petitionar la promulgación de una ley que garantizara el *derecho* de los niños a la alimentación básica.

Varios informes especiales de entonces, en general, combinaban el tratamiento de la *pobreza* y *hambre* infantil con el fenómeno urbano de los “*los chicos de la calle*”; particularmente de aquellos niños que vivían de las monedas que algún transeúnte les dejaba y/o bien de la basura, convertida en comida en el ámbito de nuestra ciudad (Punto Doc., canal América y Kaos en la Ciudad, canal 13)

A principios del mes de noviembre, en un noticiero del mediodía (Telefé, 4/11/02) se transmitía un informe, promocionado bajo el título de “*Los chicos nos duelen*”, en el cual, como parte de una campaña a favor de la niñez, se presentaba la *pobreza* infantil a través de imágenes y de comentarios. Los conductores del noticiero anunciaban que el propósito del informe era el de crear consciencia sobre la situación *crítica* en que vivían la mayoría de los niños del país.

Las cifras encabezaron la presentación del informe. Se fijó entonces en 20 millones la cantidad de *pobres* en el país, llegando así a representar el 53% de la población; y se afirmó que el 72% de los menores de 12 años no cubrían sus *necesidades básicas*. Una especialista consultora de la UNICEF, durante una entrevista, aseguraba que la mayoría de los niños en la Argentina eran *pobres* y que la ausencia del Estado había tornado más *crítica* la situación; situación “*resultado de una crisis que fagocitó los bolsillos y el futuro*” (Noticiero de Telefé, 4/11/02). Los comentarios prosiguieron alrededor del *desamparo* infantil y del incumplimiento de los *derechos* de los niños (ley 23.849). Las imágenes tuvieron como principales protagonistas a los “*los chicos de la calle*”, quienes exhibiendo signos sociales de su carencia, “*mendigan monedas y buscan en la basura algo para comer*”.

El acento sobre la peligrosidad del futuro se manifestó como corolario del aumento de la *mendicidad* infantil, asociada al incremento de la *desocupación* y del empleo inestable con magros ingresos. Un periodista, cerca del final del informe, comunicó “*que de 10 chicos que mendigan, 7 terminan como delincuentes*”.

El organismo de los hambrientos y los casos de hambruna infantil

A mediados del mes de noviembre del 2002, el tema del *hambre* “*estalla*” en los medios televisivos y gráficos. La palabra *hambre* encabeza titulares de

producciones periodísticas. Este *estallido* mediático, que vuelve a individualizar la *hambruna* infantil como sucedió en abril con las hermanitas tucumanas, y que vuelve a presentar sus *casos*, muestra el rostro físico de la falta extrema y prolongada de alimento en su faceta mortal. La muerte y la enfermedad se convierten en noticia. Los signos sociales de la *pobreza* dan paso a otros que exhiben los estragos corporales y orgánicos del *hambre*, y la *desnutrición*. El cuerpo marcado por la enfermedad no solo aportará la imagen que recogeremos a diario en la pantalla de la TV y/o en los periódicos sobre este *flagelo*, también proveerá de un lenguaje para referirse a él en su toda su magnitud biológica: sus manifestaciones en el cuerpo en cada etapa de la vida; sus enfermedades con sus síntomas y riegos; sus secuelas; y la muerte o la incapacidad como destinos más que probables.

Aquella furia y aquellos gritos de los *saqueadores* que representaban, en diciembre del 2001, la presencia del *hambre* en la insurrección hecha noticia, fueron progresivamente adquiriendo, en los medios, la forma del cuerpo/organismo de un niño; el cual testimoniaba las marcas de una enfermedad “silenciosa”, y de padres desconsolados que declaraban su impotencia ante la cercanía de la muerte.

El escenario de los supermercados fue desplazándose; primero, a las calles de la ciudad y a los barrios carenciados de la Capital y el Gran Buenos Aires, donde niños experimentaban cotidianamente su *pobreza*; y finalmente ancló, con preferencia, aunque no de manera exclusiva, en hospitales públicos de interior del país, especialmente en la región del Noreste y del Noroeste.

Lo que sigue son nuevamente datos, récords de porcentajes, relatos y caracterizaciones periodísticas que muestran, por un lado la evolución ascendente del problema, y por otro la transformación progresiva de la *virulencia* y de los “*ejércitos de hormigas*” hambrientas en cuerpos que, desde el silencio y el desconsuelo, exponen ante nuestros ojos la imagen de lo que queda en una “*tierra arrasada*” por la *crisis*.

El caso de Barbarita Flores reapareció en los medios como antecedente de la explosión del *hambre* en Tucumán. El jueves 14 de noviembre esta provincia se convirtió en el ojo de la tormenta y fue escenario de las primeras noticias sobre niños muertos por *desnutrición* y sobre niños que “llevaban el hambre en el cuerpo”. Todos ellos, menores de 6 años.

“*Desnutrición aguda en Tucumán. 4 chicos muertos por hambre*” (titular del diario Clarín, 14/11/02). Conocimos, el sábado 16 de noviembre, su historia de vida y de muerte; supimos de sus padres y de sus hermanos. Ellos, María Rosa Gomez (6 años), Nicolás De Benedetti (5 años), Miriam Campero (2 años) y Brian Herrera (2 años), con su muerte publicada, inauguran un torrente de nombres y de *casos* que darán “cuerpo” a las cifras a las cuales ya estábamos acostumbrándonos.

Hasta aquí, la urgencia y la evidencia de la presencia del *hambre* en la Argentina, asombrosamente “*el país que ocupa el quinto lugar como exportador de alimentos*”, la había aportado el número y la estadística;

tomando en este caso más distancia de las especulaciones de *oportunismo* y *manipulación política* que de algún modo sobrevolaban el espectáculo de los *saqueos*. A mediados del mes de noviembre del 2002, las fotos de niños *desnutridos* en Tucumán *provocaron lágrimas, bronca e indignación. Es que las imágenes de Facundo y Pablo Gomez, con sus caritas desdibujadas por el hambre, les dieron un rostro a las frías estadísticas que intentan reflejar la realidad del país...*(Clarín,14/11/02:46)

La imagen publicada y/o televisada de chicos muertos o enfermos, acompañadas del relato de una historia familiar de *pobreza*, se conformarán en los *casos* de la *hambruna*.

La foto de Pablo Gomez, un niño de 4 años que pesa 7 kg. y debería pesar 16 kg., tapa de diarios e imagen televisada en los noticieros de la fecha, inaugura un torrente de muchas otras que en los días sucesivos nos mostrarán el cuerpo de la *desnutrición*, sus signos visibles, y darán pie a artículos, editoriales e informes sobre las consecuencias del *hambre* en el organismo. Los que no hemos sentido su poderosa fuerza porque comemos frecuente y abundantemente, fuimos informados sobre la *desnutrición* y la carencia prolongada de alimento, sobre las enfermedades asociadas que causan la muerte, sobre sus síntomas, sobre sus secuelas y daños en el organismo, a veces irreparable. Profesionales de la salud y funcionarios de aquella área son convocados a proveer de información y comentarios especializados.

Una pediatra, del Programa Nutrir sostiene: “... *la causa más común de muerte por desnutrición es la infecciosa. Puede ser respiratoria o digestiva. Es frecuente que tengan neumonía: la bacteria afecta la sangre, produce un shock séptico y se da un fallo multisistémico, o directamente un fallo respiratorio. También es común que tengan gastroenteritis graves y mueran por trastornos hidroelectrolíticos: hacen pis, caca y vomitan, pero no ingieren nada, van perdiendo sodio y potasio, hasta que el corazón deja de latir....es común que estén deshidratados:...con el flujo sanguíneo colapsado por la pérdida de líquidos y vitaminas. Ese chico tiene muchas probabilidades de morir.... La desnutrición crónica de nutrientes trae pérdida de peso y retardo en el crecimiento. Los más graves tienen deterioro muscular, alteraciones de la piel y edema de las extremidades. Si el niño no contrae infecciones puede vivir meses o años. Pero siempre hay compromiso neurológico: apatía y retraso en la inteligencia*”. (“Los terribles estragos del hambre en el organismo”. Clarín,14/11/02:27)

El domingo 17 de noviembre, en la primera entrega de un informe especial de Clarín, titulado “*El hambre en la Argentina*”, se exhibe un detallado cuadro que incluye gráficos del cuerpo humano, y en el que se representan las distintas etapas de la vida: desde 0 a 5 años hasta 65 años o más. Se especifican los efectos orgánicos de la desnutrición para cada grupo de edad. Según se aclara al pie del cuadro, la información fue suministrada por el Director del Programa Red Educativa Sanitaria.

Un médico, profesor de la cátedra de Parasitología de la Universidad Nacional de Tucumán y coordinador del programa de parasitología del Sistema Provincial del Salud, explica la relación entre *desnutrición* y *parasitosis*, en una nota publicada el 19 de noviembre del 2002 en Página/12: “*Si nosotros tenemos un chico con parásitos en los intestinos, que le están extrayendo continuamente minerales y proteínas centrales para la vida, y lo sometemos al hambre, lo más probable es que esta situación lo termine matando....si no se la trata a tiempo (la parasitosis) puede traer complicaciones para el desarrollo normal del chico y llegar, en casos muerte*”. (Página/12,19/11/02:16)

El mismo 19 de noviembre, en otro diario porteño, un especialista en infectología ofrece también información sobre la *parasitosis*, sus síntomas, sus formas de contagio, y su vinculación con la carencia prolongada de comida. Afirma este médico en la nota que: “*Si los parásitos habitan en el intestino grueso, pueden provocar diarrea; mientras que si atacan el intestino delgado pueden provocar una anemia importante. La anemia sumada al grado de desnutrición de la víctima y la falta de ingesta de alimentos que contengan hierro agudiza el cuadro del enfermo y dificulta su recuperación, provocando, en algunos casos su muerte*”.(La Prensa,19/11/02:20)

La presencia del lenguaje del cuerpo, en toda su magnitud biológica, para dar forma a la *realidad del hambre*, no solo deriva del registro de la opinión y del saber de expertos; el relato periodístico también se nutre y despliega en ese sentido, a veces difundiendo información en términos médicos y resaltando en algún momento la identidad de la fuente autorizada, a veces utilizando expresiones tales como: *El hambre tiene los ojos vidriosos y la mejillas hundidas hasta lo imposible....re vive cerca. Los huesos de Andrea sobresalen de la piel...El hambre es náuseas. Dolor de cabeza. La saliva dándoles vueltas: una sensación repugnante*.(Clarín,17/11/02:45). En otras oportunidades, la descripción del periodista antecede, acompaña o sucede a las caracterizaciones de padres u otros parientes de los niños/casos nombrados en la nota. Así,“*Ramón tiene 5 años y es apenas más alto que Raúl, de uno. Mientras juega con sus perros la panza redonda se le asoma por debajo de la remera. “Este nos ha salido rubio, no sabemos a quién heredó”, cuenta la abuela. Pero el color de pelo de Ramón parece más descolorido que rubio. La abuela dice que no sabe cuánto pesa, pero que lo ve chiquito y “panzón*”. (La Nación,19/11/02:13).

Los *casos de desnutrición* y muerte en Tucumán fueron los primeros de una larga lista que los medios transmitieron en aquel momento; *lista negra del hambre que no deja de crecer* (Página/12,19/11/02:17), la cual incorporó nuevos escenarios a las noticias. Nuevos *casos* salieron a luz en diferentes provincias del interior, especialmente aquellas que integran la región del NO y del NE: Misiones, Corrientes, Formosa, Salta, Jujuy, etc. El Gran Buenos Aires y la Capital Federal tuvieron también sus rostros infantiles, sus nombres y sus historias (Clarín,17/11/02:44).

Los *casos del hambre*, que incluyen y disparan imágenes, descripciones y comentarios de expertos y no expertos, las cuales incorporan el lenguaje del mundo físico, corporal, orgánico, pero que también en sus historias publicadas y televisadas ponen sustancia concreta a la *pobreza* hecha experiencia de vida, no abandonan en su desarrollo el despliegue de cifras y porcentajes, discriminados por regiones y provincias del país. La *pobreza*, la *indigencia*, la *desocupación* y *sub-ocupación*, la *desnutrición* y/o enfermedades asociadas, no dejaban de estar presente bajo el lenguaje de número. Y los números no solo confirmaban nuestra pertenencia latinoamericana sino que, a esta altura, ya señalaban que: *La pobreza es un asunto de suma gravedad en el país: 53% de la población está por debajo de la línea de pobreza. Pero el problema se agudiza aún más en los niños, ya que el 67% de los chicos es pobre, porcentaje que supera al de otros países, como Bolivia, donde el 26% de chicos es pobre; México, con 37%, o Brasil con 45%.* (La Nación,19/11/02:13).

El 60 por ciento de la población infantil del país padecen algún grado de desnutrición...En Tucumán, ocho de cada diez niños padecen parasitosis. Hay 800 pequeños de dos pueblos que podrían morir por esta causa. En Misiones, 49 chicos desnutridos perdieron la vida en los primeros nueve meses del año. (Diario La Prensa,19/11/02: 20-21)

Las cifras conmueven, pero de alguna manera se trata de una impresión que ya habíamos experimentado; ahora personas con identidad, con historia, con “sus caras desdibujadas por el *hambre*” se presentan ante nuestros ojos y muestran en vivo el límite de la supervivencia. Se trata de una línea extremadamente delgada entre una vida humana incipiente, la de un niño o un bebé, que exhibe las marcas visibles de los estragos físicos y neurológicos del *hambre*, y la muerte.

Una noticia periodística resalta el comentario de un cura español, miembro de la organización Mensajeros por la Paz, luego de su recorrida por zonas carenciadas y hospitales en la provincia de Tucumán: *“Lo que vi creo que no lo había visto en toda mi vida. Verlo por televisión duele mucho. Pero verlo en vivo y en directo es desgarrador”.* (La Nación,19/11/02:13)

Fue aquel 19 de noviembre cuando se nos informó que Africa no estaba tan lejos como pensábamos. *“...las características físicas del niño condicen casi al pie de la letra con la descripción que hacen los especialistas del Kwashiorkor, un tipo de desnutrición crónica que se da en Africa, y de la que han aparecido casos en el Norte argentino”.* (La Nación,19/11/02:14). La información lleva el título de *“Un país que involuciona”*. El viaje había comenzado con nuestra despedida de Europa, luego América Latina nos dio la bienvenida, y ahora la “realidad africana”, y la imagen siempre recordada de aquellos niños nigerianos famélicos, en Biafra, se nos comparaba.

“Aquí vi más abandono de niños que en Africa” es el titular de una entrevista concedida por el cura español, miembro de Mensajeros por la Paz, y publicada en el diario La Prensa, con fecha 19/11/02.

La sugerencia periodística de la comparación entre nuestra “*realidad de pobreza y hambre*” y “la realidad africana” en este sentido, había provocado días antes la irritación de la máxima responsable del área social del Gobierno, Hilda Duhalde; quien declaró en su momento, ante diferentes medios: “*No somos Biafra*”.

Para entonces, las noticias informaban acerca del fuego cruzado de acusaciones, entre Nación y Gobiernos Provinciales, a propósito de la recepción y asignación de los planes de ayuda. Por un lado, el reclamo de las autoridades provinciales en relación a la insuficiencia de recursos enviados y a la eclosión del Sistema de Salud; y por otro lado, la réplica del Gobierno Nacional señalando corrupción e ineficiencia en la administración de las partidas de ayuda.

El caso mediático más significativo del enfrentamiento se localizó en Tucumán. “*!Le mandamos 1.700.000 pesos por mes en comida!. ¿Me querés decir qué hace?*”, filtró Hilda Duhalde a la prensa a través de su entorno, en un golpe de efecto contra el Gobernador de Tucumán, Julio Miranda, el nuevo “*ogro de la injusticia social*” (Revista Noticias, 23/11/02:21).

Durante algunos días, las noticias informaron sobre la tensión, en aquella provincia, entre autoridades locales y funcionarios del Gabinete Nacional, enviados a controlar la administración local de las partidas giradas.

En un programa especial, promocionado bajo el título de “*Los cómplices de la tragedia del hambre*”, el periodista conductor de Detrás de las Noticias (Canal América, 19/11/02) entrevistaba en vivo, y en el Hospital del Niño Jesús, a responsables del área de salud del Gobierno tucumano. La entrevista, interrumpida en reiteradas oportunidades por vecinos y padres de niños desnutridos, transcurrió en un clima de acusaciones, sospechas e insultos.

La “*tragedia del hambre*” buscaba responsables, y el tratamiento periodístico del problema se desarrolló en esa dirección, durante aquellos días de fines de noviembre.

La imagen de una niñez colapsada por la muerte, la *desnutrición* y las secuelas del *hambre* en el organismo reforzó la presentación de un futuro en riesgo; un futuro comprometido por la *pobreza*, por una reproducción prisionera de severas restricciones culturales, educacionales y laborales, y por una incapacidad creciente de alcanzar los beneficios del crecimiento y desarrollo. Durante la entrevista realizada por el periodista Jorge Lanata a Eduardo Duhalde, al en ese momento Presidente de la Nación, durante una emisión del programa “Después de Hora” en aquel noviembre de *estallidos mediáticos de hambruna infantil y de miseria asesina de menores*, ambos coincidieron en la apreciación vertida por el Presidente respecto de los problemas que supuso “*el paso del Estado a la continentalización, la mundialización. La ciencia y la tecnología han tenido un desarrollo extraordinario, aunque es un mundo menos humanista. Ha ese mundo con alto desarrollo tecnológico y científico, estamos llegando con chicos que no tienen qué comer*”.

Para entonces las noticias comunicaron que se declaraba oficialmente la *Emergencia Alimentaria*, y que la *realidad del hambre* ingresaba en la agenda política junto a temas “urgentes” que ocupaban el centro de discusiones y pulseadas entre el Gobierno Nacional, Diputados y Gobernadores Provinciales. Estos temas no eran otros que el calendario electoral para el 2003 y el acuerdo con el FMI.

La “*guerra contra el hambre*” y los acuerdos políticos sobre las elecciones y las negociaciones con el organismo financieros se constituyeron, junto al descreimiento en la clase política dirigente y el repudio social que ésta había cosechado, en los desafíos inminentes que los medios, de un modo u otro y no exentos de enfrentamientos en su seno, proclamaban en relación a la lucha contra la *crisis* y a la búsqueda de un futuro posible.

La realidad periodística del hambre y el concepto de hombre en la Antropología Moderna: La relación Sociedad/Naturaleza

El antropólogo C. Geertz plantea que la Antropología Moderna postuló una visión estratigráfica del hombre, más allá de las diferentes direcciones teóricas desde las cuales se encaró su definición. En este sentido, la vida humana podía pensarse como una sucesión de capas de distinta clase y superpuestas: debajo de las formas socio- culturales situadas y particulares, se encuentran las regularidades funcionales de la organización social, y debajo de éstas las necesidades básicas (psico-sociales) de la humanidad, cuyo sustratum no es otro que las funciones orgánicas de la vida misma.

Geertz señala que cada capa sustenta a la que está arriba y se sostiene en la que está debajo. El atractivo de esta concepción, según el autor, consistía en que parecía hacer posible arribar a una noción de hombre capaz de integrar lo universal y lo particular en su definición. El postulado de la Unidad Básica de nuestra especie podía combinarse con aquel que refería a los particularidad de la experiencia de vida humana; sin que ninguno de los dos opacara la fuerza del otro. Las formas situadas, diversas y convencionales de la Humanidad podían interpretarse, ellas mismas, a la luz de un fondo de hechos y funciones biológicas, los cuales hablaban de nuestra “naturaleza” como especie, y por ende de aquello que nos era universal. Desde ese fondo, la Naturaleza iluminaba a la Sociedad y a la Cultura.

No nos interesa aquí dar cuenta de las críticas que Geertz formula a propósito de dicha concepción; pero sí señalar que es posible establecer ciertas analogías entre ella y “la realidad periodística del hambre”, en función de la relación y ordenamiento que presentan, en ambos casos, la dimensión social y la biológica en el hombre.

Pensar en la alimentación humana, y en el hambre, es reflexionar sobre el límite último de la supervivencia. No comer es morir. La realidad del hambre como producto periodístico significativo cargó de sentidos a este límite de la

vida, y allí configuró desafíos y planteó la construcción misma de nuestra existencia e identidad social.

La configuración estratigráfica del “límite” de la vida

Los medios edificaron el límite en función de informaciones; textos e imágenes se sucedían en el tiempo, configurando y significando el *hambre* en universos de sentido distintos, pero encadenados. Planteamos el encadenamiento como una suerte de estratigrafía. La razón es que cada universo parece descubrir al otro en su despliegue, y dotarlo de una capacidad mayor de certeza argumentativa, más sólida y consistente. La realidad descubierta, contiene a la anterior y vierte sobre ella nueva luz y claridad ; y al hacerlo la *crisis* gana en objetividad y muestra profundidad creciente por aquello que compromete en cada caso.

Dijimos que cada capa connota el problema del hambre en una *realidad* distinta. Primero, en la *realidad* de los comportamientos demandantes y reivindicativos de los *saqueadores*; conductas circunstanciadas en espacio y tiempo; inteligibles en los sentidos que comunican, la modalidad que asumen y los fines que persiguen, como la manifestación de un sector de nuestra sociedad ante la gravedad de la *crisis*, impugnando, desde su carencia, el orden político y social. Si bien, las noticias difundían la certeza de la presencia del *hambre* en aquellas expresiones, la posibilidad de una “operación política” sobrevuela y deja, al menos, un interrogante o un tema de debate.

Las informaciones sobre los *saqueos*, en tanto conductas y sucesos “situados” , incorporan con protagonismo creciente la especificación y medición de las *necesidades básicas insatisfechas*. Estas iluminan aquellos comportamientos y hechos desde una luz diferente a la del “conflicto político-social. Es la luz que emana del “grado” de *pobreza* alcanzado. Se plantea, entonces, la frontera entre la suficiencia y la carencia, y se cuantifica el universo de la población que vive bajo la *pobreza e indigencia*: el universo del SIN; y entre ellos, aquellos sin alimentos. Los *saqueadores* habitan ese mundo de “faltas”, pero lo comparten con otros, que tal vez no *saquearon*, pero que son “igualmente” *pobres*. Y el número crece aceleradamente; cada día se incorporan *nuevos pobres y nuevos indigentes*. A esta altura, y con aquellas cifras sobre la mesa, el *hambre* como medida de la carencia social, se despoja de las nubes que, por momentos, lo tornaban difuso.

Por último, los casos de muerte y *hambruna* infantil iluminan y permiten interpretar la *realidad* de las necesidades psico-sociales insatisfechas desde el último reducto de la vida; la delgada línea que separa la supervivencia del daño físico y de la muerte. Las *necesidades insatisfechas* toman rostro y cuerpo/organismo de niño, un cuerpo “mal formado” y con frecuencia agónico. Algunos podrán ser hijos de aquellos *saqueadores*, otros no; pero

todos son hijos de la *pobreza*. Sus nombres pueden cambiar, sus historias familiares pueden ser distintas; pero todos ellos se equiparan en que ellos son “el *hambre* hecho cuerpo”: exhiben los signos corporales y los trastornos funcionales orgánicos del *flagelo*. En este estrato de *realidad* biológica, lindante con la muerte y el daño físico, el *hambre* gana en evidencia y urgencia – yo lo vi, vi su cara, su cuerpo. Es entonces cuando la expresión tan repetida a propósito de la *crisis*, “*tocamos fondo*”, encuentra su prueba más brutal: aquella niñez con cuerpos y organismos “mal formado”.

Ahora bien, veamos la estratigrafía del *hambre* – del límite –, desde el punto de vista de la construcción de la relación Sociedad/Naturaleza que allí se sugiere. Enfoquemos dicha construcción en torno a tres pares de oposiciones, presentes y medulares en la misma concepción antropológica caracterizada por Geertz: **Particular/Universal** (lo común y general); **Formas/Funciones**; **Artificio** (elaborado)/**Natural** (sin elaboración, “crudo”).

Estas oposiciones, cuyo primer término evoca el orden de la Sociedad y su segundo término el de la Naturaleza, pueden pensarse como tres dimensiones cognitivas, o vías, por las cuales discurren – se desplazan – los sentidos que organizan el paso de un rostro a otro de la “*realidad del hambre*”.

Formas sociales/Funciones orgánicas:

Las noticias presentan el *hambre* a través de las manifestaciones de los “*saqueadores*”. Su furia, sus gritos, sus comportamientos demandantes y desafiantes se interpretan en el contexto del “*estallido social*”, fruto de la *crisis*, en aquel mes de diciembre del 2001. Estas formas singulares y “situadas” del *hambre* dan paso en la información a las necesidades psicosociales insatisfechas (sin acceso a bienes sociales: *empleo, escolarización, vivienda, servicios públicos*, etc), y allí se referencian. Y las noticias sobre estas necesidades abren el camino a otras, sin desaparecer ellas mismas, sobre la dimensión biológica y los trastornos funcionales orgánicos del *hambre*. Nos movimos de las formas sociales a las funciones biológicas. No queremos decir que la referencia al orden social haya desaparecido; de hecho está presente tanto a nivel del señalamiento de responsabilidades, como a nivel del contexto social de carencia que enmarca esos cuerpos infantiles *desnutridos* o muertos. Lo que queremos significar es que el *hambre* exhibe su faceta biológica y en ella expresa su magnitud, urgencia, y evidencia.

Particular/Universal:

El flujo de la información nos fue conduciendo, en primer término, desde la forma particular del *hambre* manifestada en las acciones de *saqueadores*, al *hambre* como índice de *pobreza e indigencia*; y así, éste alcanza un grado de generalización tal que aglutina un universo social más abarcativo que “*la multitud voraz*” de *saqueadores*; el cual además es comparable, en porcentaje, con el universo del mismo tipo que habita otros países latinoamericanos. Finalmente, cuando emerge el rostro biológico del *flagelo* en las noticias, la generalización (universalización) alcanza su máxima posibilidad: el cuerpo y el organismo del *hambre* es uno. Por eso la posibilidad de objetivar y dar

entidad al *hambre*: “*vive cerca, es náuseas, saliva dando vuelta en la boca, abdomen hinchado, mejillas hundidas hasta lo imposible...*”. Y por eso, el niño *famélico* de Biafra, o el *desnutrido* de Beni en Africa, mundo extraño y lejano, y Pablo Gomez en Tucumán, “se acercan y se parecen”. Ellos representan la universalidad del cuerpo infantil del *hambre*.

Artificio/Natural:

La información sobre los *saqueos* es información sobre acontecimientos “fabricados” por el accionar de “*hambrientos*” y “*no hambrientos*”, con la finalidad de conseguir comida u otros bienes. En este sentido, la representación de la *realidad del hambre* implica **fabricación** y **finalidad**, ambos inteligibles socialmente. Se trata de una producción **intencionada** que sostiene un propósito. De esta manera, ingresa la cuestión de la **responsabilidad** del ejecutor del acto. Todos estos elementos están presentes en la noción de artificio: fabricación, propósito, intención y responsabilidad. La implicancia de la responsabilidad del “fabricante” (*saqueador-joven/adulto*) y del fin perseguido da pie al dilema, que sobrevuela las noticias, sobre si los saqueos responden a una “*necesidad real*” o a una “*operación política*”.

El *hambre*, número dentro de la categoría de *necesidades insatisfechas*, diluye su presentación en términos de “fabricación” con un fin; la cual se suprime definitivamente en el momento en que el *hambre* deviene signos físicos y síntomas en un cuerpo/organismo infantil. Aquí, no hay aditamentos; el hambre como “*estragos en el organismo*” aparece “al desnudo”, no muestra propósitos ni conlleva auto-responsabilidades. Se manifiesta en síntomas y trastornos de orden biológico, y en este sentido orden “natural”. La apelación a la niñez refuerza la idea de no responsabilidad del hambriento (*ingenuidad/inocencia*). Pero también la idea de niñez evoca, en el discurso cotidiano, lo “natural” en otra dirección: *los niños dicen la verdad, dicen las cosas tal como son*, *hablan con “naturalidad”, no mienten*; expresan la transparencia entre lo que “es” y lo que se “muestra. Verdad sin mediaciones, sin artificios ni dobleces.

La producción periodística del *hambre* en nuestro país configuró una *realidad* en la cual el orden social y el biológico se cargaron de sentido y definieron su relación. Y en ese contexto significativo se pensó nuestra identidad como sociedad en plena transformación: nos despedimos de la Europa del *desarrollo*, la *equidad* y la *estabilidad política*; nos asemejamos a Beirut y arribamos a la América Latina de la *pobreza*, la *desigualdad* y la *violencia*; y finalmente Africa, escenario de los mayores índices y de las más dramáticas imágenes de la *pobreza* extrema y el *hambre*, nos espera “a la vuelta de la esquina”. Una historia en números e imágenes del tránsito de un estado a otro, se desplegaba en las noticias; una historia de “*involución*”, de pérdida y de descenso hacia **el límite de la supervivencia**. Y **el tránsito y el límite** exhibieron los riesgos que enfrentábamos en cada caso: el del *caos*

político y social, y la inseguridad; el de la reproducción de la pobreza y la expectativa de incapacidades, en muchos casos irreversibles, a causa de una niñez abandonada que sobrevive llevando los estragos del hambre en el cuerpo.

Si bien éste no es un artículo sobre el *hambre* en la Argentina, ni tampoco intenta someter a juicio el tratamiento que los medios dieron a la cuestión, vamos a finalizar con una reflexión del periodista Horacio Verbitsky, con quien compartimos un temor: “*Da la impresión de que el periodismo acaba de descubrir el hambre. Temo que no busquen las raíces, y que después pase un colectivo asesino, la cámara lo siga y se olvide del hambre*”(Revista Noticias,23/11/02:68)

Bibliografía:

ARRIBAS, V.; AYERDI, C. y CATTANEO, A.: “Canibalismo y pobreza”, en Boivin, M.; Rosato, A. y Arribas, V. *Constructores de Otredad*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 366-373.

DESCOLA, P y PALSSON, G.: Introduction. Chapter 1, en P. Descola and G. Pálsson, *Nature and Society. Anthropological Perspectives*, Londres, Routledge, 1996, pp. 1-23.

GEERTZ, C.: “El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre”, en Geertz, C. *La Interpretación de las culturas*, Parte II, Cap.2, Mexico, Gedisa, 1987, pp. 43-59.

INGOLD, T. (editor): “The concept of society is theoretically obsolete” 1989 debate, en *Key debates in Anthropology*, Londres, Routledge, 1996, pp. 55-83.

MINTZ, S. W.: Introduction. *Tasting Food, Testing Freedom. Excursions into Eating, Culture, and the Past*, Cap.1, Boston, Beacon Press, 1996, pp. 1-17.

